

Crónica de un escritor sin pluma, pero con tinta

Se abre paréntesis

Cuando la oscuridad latente aborda cada rincón del barco fantasma,
apenas queda una solitaria canción que recitar.

Los bares comienzan a quedarse vacíos
y el son de la ciudad se apaga en un amargo suspiro.

Es entonces cuando el hombre de la gabardina pide su última copa.

Y, entre cantos de sirenas oxidados y el olor a miel agria,

rememora pesadamente aquellas tardes de agosto

donde la caricia de la brisa anunciaba su fútil libertad.

Ojos enjugados, el último cigarro.

“No se puede fumar aquí dentro, señor”.

De esquina a esquina, mirada sombría.

“Disculpen los viejos vicios de un perdedor derrotado”.

1. El País de Nunca Jamás

La luz cegadora y suicida,
traviesas tizas de tintados tonos,
carcajada limpia que rompe un hermoso sueño
donde las hadas danzan y desprenden un dulce aroma a azahar.
Un día sin final y un atardecer florido en el horizonte.
Melodía coral que anuncia el futuro olvido
de un país de fantasía convertido en refugio seguro
para las almas oscuras que huyen del sonido del motor.
El velo amarillo se descorrerá, y un nuevo rostro mirará
a esos ojos vidriosos que aún no saben lo que es llorar.

Y, entonces. El despertar.

2. La forja de un rebelde

Unos gritos anticipan la tragedia interna
en un actor que aún no sabe qué papel debe representar.
Justicia, valor, honor, amistad,
una mente turbada repleta de frágiles concepciones,
desvanecidas cuando una mano delicada acaricia su pelo por vez primera.
Allí, entre palabras vacías y llenos suspiros de pasión desbordada,
el primer cristal atraviesa la piel.
El calor se torna gélido
y hace frío, y calor, y frío otra vez,
en un azul que todo lo llena, todo lo inunda.
El tiovivo no para de dar vueltas,
pero la feria decide bajar el telón.
Lanzado, empujado a una batalla perdida de antemano,
comprueba que el nicaragüense tenía razón.
Llorar, rechinar, lacerar,
mas la rosa ya se secó.

3. Matar a un ruiseñor

Rojo, rojo, rojo,
aridez ardiente que se acuesta sobre brazos fríos,
mientras las torres se elevan, rompiendo el cielo
en mil pedazos de estrella.
Una paloma exhausta y sin patria
sobrevuela la mañana mientras recibe en sus entrañas
el sonido del metal violento.
Cadáveres, los llamó algún genio,
le adelantan entre bambalinas.
Levanta la mano y pide oxígeno
en un vasto desierto donde reina el verdor.
“Verde que te quiero verde”,
mas tergiversan al poeta.
Encumbrado y frío metal, te alzas
sobre ojos apagados, obligándoles
a vivir una vida que no es vida, pero en la que es obligatorio
sobrevivir.
Juego de espejos donde la mano se cierra
en torno a un cuello blanquecino.
Rojo, rojo, rojo,
no hay lugar para ti en esta niebla quejumbrosa.
Se da cuenta tarde. Solo. Cansado. Hastiado.
Y, derrotado, la rendición se alza con una bandera de cal.

“¿Qué has hecho hoy para ganar la guerra?”

4. Y una canción desesperada

Silencio.

Ulula el lejano cantar de la lechuza.

Brizna de viento seco y trigo que danza, libre e inseguro.

Chirridos secos acartonando un latir lento.

Crepitar de una lumbre largo tiempo apagada.

Recuerdo, recuerdo, recuerdo.

Todo se tiñe de naranja,

al son de un ocaso largamente anunciado

por palabras vacías que ahora parecen lejanas,

tan lejanas...

Los gigantes vuelven a ser molinos

y el relincho de Clavileño se escucha a larga distancia,

mas la venda sigue tapando

unos ojos que se niegan a ver más.

Dulzor aterciopelado y boca seca.

El último vals en un motel abandonado.

¡Filis, Zaida o Belisa!

El laurel dejó de crecer y solo queda

un amargo y viejo sentir,

acompañado por el ritmo de una guitarra

-¿o era un arpa?-

agujereada. Muda.

Se cierra paréntesis

Eco que despierta el interés de un Narciso moribundo.

Ennegrecido ambiente observa, parsimonioso,

débiles pasos de un hombre perdido.

“¿Dónde está ella?”

Sueño ligero que parece no tener fin,

un día, y otro, y otro, y otro.

¿Se puede hacer preguntas olvidadas en botellas consumidas?

Levanta el sombrero, con modales ingleses impolutos.

Memoria imprecisa que falla de nuevo,

dejando su triste despedida revoloteando en un aire cargado.

“Si nosotros, vanas sombras, os hemos ofendido,

pensad solo esto, y todo está arreglado:

que os habéis quedado aquí durmiendo

mientras han aparecido esas visiones”.